



Revista Austral de Ciencias Sociales

ISSN: 0717-3202

revistaaustral@uach.cl

Universidad Austral de Chile

Chile

Grez Toso, Sergio

Historia, política y ciudadanía en el Chile actual. Problemas y desafíos para la historiografía crítica

Revista Austral de Ciencias Sociales, núm. 21, 2011, pp. 137-146

Universidad Austral de Chile

Valdivia, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=45924228007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Historia, política y ciudadanía en el Chile actual. Problemas y desafíos para la historiografía crítica*

History, politics and citizenship in Chile today. Problems and challenges for critical historiography

SERGIO GREZ TOSO**

Resumen

El núcleo del tema que abordaré en esta oportunidad reside en la relación entre la Historia (entendida como historiografía o conocimiento razonado del pasado conforme a las reglas de la disciplina encargada de su estudio) y la política. Podríamos sintetizar esta cuestión en varias preguntas fundamentales. ¿Es posible una historia neutra, completamente “objetiva”,

* Manuscrito adaptado de la Clase magistral ofrecida en la inauguración del Año Académico de la Escuela de Historia y Ciencias Sociales de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Austral de Chile, el 19 de abril de 2012.

** Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Av. Libertador Bernardo O'Higgins 1058, Santiago de Chile. E-mail: sergiogretoso@gmail.com

aséptica, desprovista de sentido ideológico? ¿Es factible una historiografía “autónoma”, que exprese una visión independiente del mundo, basada en demostraciones irrefutables, desembarazada de la ideología y de la Filosofía, tal como ha sido postulado por algunos historiadores de la Escuela de los Anales? ¿Es viable una “historia por la historia”, sin orientaciones políticas, basada sólo en sus principios científicos, según lo propuesto por el profesor Sergio Villalobos? Me parece que éste es el punto de partida para intentar elucidar la relación entre historia, ciudadanía y política en el Chile actual.

Palabras clave: historiografía crítica, política, ciudadanía, sociedad chilena.

Abstract

The main topic to treat in this article lies in the relation between history (as historiography or past reasoned knowledge of the discipline rules of its studio) and politics. We could summarize this issue in several fundamental questions. Is it possible a neutral story, completely “objective”, aseptic and free from ideological meaning? Is it feasible a historiography ‘autonomous’ expresses an independent view of the world, based on irrefutable proofs, relieved of the ideology and philosophy, as has been postulated by some historians of the Annals School? Is it feasible a “History of History” without political guidance, based only on its scientific principles, as proposed by Professor Sergio Villalobos? I think this is a start point to try to elucidate the relationship between history, citizenship and politics in Chile today.

Key words: critical historiography, politics, citizenship, Chilean society.

Introducción y horizonte teórico-crítico: Merodeos en torno a la historia

Para comenzar una aproximación a este tema daré un rodeo inicial. Debemos comenzar por preguntarnos: ¿qué es la historia? Existen muchas definiciones. Una posible es el estudio razonado y sistemático de las sociedades humanas a través del tiempo. La historia sería la “ciencia del tiempo humano”, pero esta definición requiere algunas precisiones.

La historia no es una ciencia exacta sino más bien una forma de memoria, que se diferencia de las memorias “sueltas” o colectivas que se generan en todas las sociedades y grupos sociales porque es sistemática, científica (o con pretensiones de serlo), es decir, responde a reglas de una disciplina y es sometida al juicio crítico de una comunidad académica. No obstante la historia, junto con constituirse en saber científico, es también un espacio de interpretaciones y, en tanto tal, un campo de batalla donde se produce el choque entre distintas visiones, intereses e ideologías. Aunque la *memoria colectiva* de una sociedad o grupo humano no debe confundirse con la historiografía –ya que es mucho más amplia que esta última y no necesariamente coincide con la verdad histórica-, podemos hablar de una *batalla por la memoria* a propósito del enfrentamiento entre distintas interpretaciones historiográficas.

En las antípodas de la neutralidad ideal encontramos las historias “comprometidas” políticamente. La forma extrema la constituyen las llamadas *historias oficiales* o *institucionales*, aquellas que son producidas por poderes a fin de legitimar su influencia o dominación, que encarnan y justifican un régimen (poder) por

la historia (saber) que ellas producen. Según Marc Ferro (1987), la historia institucional es la transcripción de una necesidad (casi instintiva) de cada grupo social o institución (Iglesia, Estado, partido, etnia, empresa, fuerzas armadas, etc.) que de esa manera justifica su existencia.

Al llegar a este punto podríamos preguntarnos junto a Jacques Le Goff (1997) si acaso es necesario y posible optar entre una historia-saber objetivo y una *historia militante*. Le Goff nos recuerda que otro historiador francés, el marxista de tendencia maoísta Jean Chesneaux (1976), propuso “una historia para la revolución”. Ahora bien, ante esto Le Goff objeta que la historia es una ciencia; tiene que evitar su identificación con la política y tiene que “ayudar al trabajo del historiador a dominar su condicionamiento por parte de la sociedad. Sin ello la historia será el peor instrumento del poder” (1997: 136). Le Goff expresa, en este sentido, un rechazo categórico de la *historia militante*.

Sin embargo, matizando o anticipándose a una lectura rígida de su posición, este historiador afirma la necesidad de reivindicar la presencia del saber histórico en toda actividad científica y en toda praxis: en las ciencias, en la acción social, política, etc., pero en diversas formas, ya que cada ciencia posee su horizonte de verdad que la historia tiene que respetar. La libertad y espontaneidad de la acción política según Le Goff: “no deben ser obstaculizadas por la historia y es mejor que la historia en tanto *ciencia del tiempo* sea el componente indispensable en toda actividad humana como saber falible, imperfecto, discutible, nunca del todo inocente, pero cuyas normas de verdad y condiciones profesionales de elaboración y ejercicio puedan ser calificadas como científicas” (1997: 140-141).

Marc Ferro (1987) propone algo muy similar a Le Goff. Abogando por una “historia autónoma”, nos habla de una ya vieja aspiración de los historiadores que han tratado de expresar una visión independiente del mundo y basar sus análisis en fundamentos o demostraciones irrefutables, liberándose de la filosofía, sin limitarse al estudio de las representaciones. Una historia política y socialmente autónoma, o sea, científica.

Quisiera estar plenamente de acuerdo con estas proposiciones, pero me asalta una duda: ¿es factible la existencia de una historia absolutamente neutra, aséptica, “científicamente pura”, cuando estamos frente a temas desgarradores? ¿Es posible, por ejemplo, la neutralidad frente a los genocidios que han jalonado la existencia de las sociedades humanas? Creo que no.

Existe una historicidad de la historiografía. Los factores sociales, políticos y culturales —por citar sólo algunos— condicionan, inevitablemente, las preguntas, la selección de las fuentes y la interpretación de los hechos que hace el historiador. No obstante esta limitante, me cuento entre aquellos que piensan que el historiador tiene el *deber de decir la verdad* aun cuando ella contraría sus hipótesis iniciales. La vieja definición de Polibio de la historia como “maestra de vida, luz de verdad”, me sigue pareciendo válida a condición de despojarla de todo misticismo o mesianismo disciplinario.

A pesar de los postulados posmodernos (aún muy en boga), según los cuales no existen hechos objetivos y que todo depende del cristal con que se miren las cosas, continúo postulando que la historia debe *buscar la verdad en los hechos* puesto que, como muy justamente

sostiene Eric Hobsbawm: “sin la distinción entre lo que es y lo que no es así no puede haber historia. Roma venció y destruyó a Cartago en las guerras púnicas, y no viceversa. Cómo reunimos e interpretamos nuestra muestra escogida de datos verificables (que pueden incluir no solo lo que pasó, sino lo que la gente pensó de ello) es otra cosa” (2002: 8).

Historia y política en Chile

Introduzcamos estos conceptos al análisis de la relación entre historia, política y ciudadanía en el Chile actual (entendiendo por tal el país surgido de la llamada “transición a la democracia” de 1990 en adelante). Al igual que muchas veces en el pasado, esta relación la percibimos claramente presente en los debates de la vida nacional. No obstante, esta vez, lo hacemos con un elemento novedoso, ausente en épocas anteriores. Ya no se trata, como en el siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, de una disputa historiográfico-política entre representantes de distintas facciones de las clases dominantes, como la que oponía, por ejemplo, a liberales y conservadores. Tampoco se trata de un enfrentamiento entre la historiografía tradicional y una historiografía “militante” (marxista clásica) ligada orgánica e ideológicamente a los partidos de izquierda.

Esta vez el contrapunto historiográfico y la batalla política se da entre distintas versiones de la historiografía tradicional (de rasgos predominantemente conservadores) y los exponentes de una heterogénea corriente de “Nueva Historia”, autodefinida por su preocupación e identificada por su preocupación e identificación con los sectores populares. Este enfrentamiento es lo que se ha conceptualizado

como una *batalla por la memoria*, cuyo epicentro ha sido la interpretación de la Historia de Chile Contemporáneo, más precisamente de la segunda mitad del siglo XX, aunque con proyecciones hacia tiempos más remotos.

La expresión más clara de este enfrentamiento político-historiográfico comenzó en 1999 con la publicación del primer *Manifiesto de historiadores*. Ésta fue la respuesta que once colegas (a los que posteriormente se sumaron varias decenas más) dimos a la “Carta a los chilenos” dada a conocer por el ex dictador Pinochet a fines de 1998 cuando se encontraba detenido en Londres, y a los “Fascículos de Historia de Chile” publicados en *La Segunda* por su ex ministro de Educación, el historiador Gonzalo Vial.

Este *Manifiesto* fue una refutación a las manipulaciones y tergiversaciones más significativas de la Historia de Chile Contemporáneo contenidas en los textos de ambos personajes. En lo más sustantivo, el *Manifiesto* se abocó a mostrar los hechos ocultados y acallados por Vial y Pinochet en sus escritos (como las violaciones sistemáticas de los DD.HH. y el atropello a la soberanía popular por la dictadura), a desmitificar ciertas afirmaciones contenidas en esos textos, y a develar los acomodos de la Historia en que incurrieron ambos personeros de la dictadura para proyectar una visión historiográfica acorde con su proyecto político.

Así, por ejemplo, la violenta acción de los golpistas de septiembre de 1973 en defensa de los intereses más retardatarios, fue calificada por el ex dictador de “gesta nacional”. La crisis de comienzos de los años 70 fue atribuida de manera maniquea en esas y otras visiones de

la historia a las “planificaciones globales”, a la “sobreideologización”, a la “prédica de odios”, a la acción del “guevarismo” y a otros fenómenos de tipo ideológico y subjetivo. Lo anterior, sin que se insinuara la existencia de fenómenos materiales en la conformación de la sociedad chilena que hicieron posible el desarrollo de las ideologías y tentativas de cambio social que la dictadura intentó condenar y borrar del alma nacional.

En su versión más docta y académica, la del historiador Gonzalo Vial, la esencia de esta manipulación consiste en reducir el proceso histórico al período corto 1964-1973, a fin de justificar el golpe de Estado. Vial, al igual que Pinochet y todos los que apoyaron el golpe, silencian los procesos históricos estructurales y la acumulación de las responsabilidades de la oligarquía y del imperialismo.

En nuestra perspectiva, la crisis de comienzos de los 70, o si se quiere, la responsabilidad y el rol histórico de la Unidad Popular, consistió básicamente en administrar y precipitar la crisis del sistema capitalista dependiente nacional. Sostuvimos que en un análisis lúcido y verídico no es posible –como insistentemente se sigue haciendo- “contextualizar” (y en el fondo justificar) los horrores de la dictadura, remitiéndose exclusivamente al período 1964-1973; que no se puede olvidar la historia plurisecular de pobreza, marginación, opresión y explotación de las grandes mayorías; que no es posible ocultar el estado de permanente desgarramiento de la nación, la profunda escisión entre sus componentes sociales, étnicos y culturales; que no se puede evacuar del análisis la reiterada historia de frustraciones populares, promesas no cumplidas y esperanzas siempre postergadas que llevaron a muchos a tratar de “tomarse el

cielo por asalto” a fines de los 60 y comienzos de los 70. No es lícito, planteábamos, en síntesis, hacer historia política prescindiendo de la historia económica y social, y de las miradas a los procesos soterrados y de larga duración. Contra estas y otras manipulaciones del pasado se alzó nuestro *Manifiesto*.

Ejercicios similares a estos fueron el segundo y el tercer *manifiesto de historiadores*. El segundo fue titulado “Contra los que torturan a nombre de la Patria”, referido al Informe Valech y a las FF.AA., que publicamos en diciembre de 2004. Y el tercero, fue dado a conocer en abril de 2007, denominado “La dictadura militar y el juicio de la historia”, que además de hacer un análisis de la “obra” de la dictadura, también abordó el rol histórico de las FF.AA. chilenas. A estos *manifiestos* se sumaron posteriormente tres *Declaraciones de historiadores e historiadoras en apoyo al pueblo mapuche* (en enero de 2008, agosto de 2009 y septiembre de 2010), acompañadas de sendas manifestaciones de historiadores, profesores y estudiantes de Historia en las calles de Santiago.

Poco después, en noviembre de 2010, impulsamos una Declaración de 850 historiadores y profesores de historia en protesta por la reducción del 25% de las horas de Historia y Geografía y Ciencias Sociales en la Enseñanza Básica y Media, anunciada pocos días antes por el Ministro Joaquín Lavín. Esta declaración fue seguida por una manifestación de cerca de 2.000 personas en Santiago y de numerosas manifestaciones en La Serena, Valparaíso, Viña del Mar, Concepción y otras ciudades, que sirvió de punto de partida para múltiples acciones que lograron revertir la medida que pretendía imponer de manera inconsulta a la comunidad educacional el Ministro de Educación de aquella época.

Más recientemente, al calor de las grandes movilizaciones por la Educación Pública del año pasado, por iniciativa de un grupo de colegas de la Escuela de Historia de la Universidad Austral de Chile, vio la luz en agosto de 2011 el *Manifiesto de historiadores “Revolución anti-neoliberal social estudiantil en Chile”*. Lo que se tradujo en una forma concreta de acompañar al movimiento que se desarrollaba de manera impetuosa en todo el país. Todas estas iniciativas provenientes de un área de la historiografía chilena ilustran adecuadamente la relación que existe entre la disciplina de la Historia y la construcción de ciudadanía en el tiempo presente, cuestión a la que me referiré a continuación.

Historia y construcción de ciudadanía

Dicen que una característica de la posmodernidad liberal que nos toca vivir es la ausencia de memoria colectiva, esto es, la carencia de conciencia acerca de las raíces históricas de los grupos humanos; la sensación de estar viviendo un presente de tiempo muy corto, fugaz e inmediateista y, correlativamente con ello, una incapacidad casi patológica de los individuos por proyectarse hacia el futuro más allá de su rol como consumidores. De ser rigurosamente cierta esta visión e incontrarrestable esta situación, el rol y la importancia social de los historiadores estaría en franca decadencia, y lo que es más grave, la humanidad habría quedado atrapada en un “fin de la historia” representado por el capitalismo globalizado, el “pensamiento único” y la posmodernidad neoliberal.

Sin embargo, día a día se acumulan más evidencias de resistencia a este orden de cosas, como también de una necesidad social

de recordar y redescubrir el pasado colectivo, una exigencia de conocimiento histórico que se manifiesta en numerosos grupos de la sociedad chilena. Ahora bien, tal vez, la historia que requiere el ciudadano de nuestros días, o más exactamente, la historia que precisan las personas para acceder efectivamente a la categoría de ciudadanos, no puede ser el relato de un pasado muerto que ya no guarda relación alguna con las preocupaciones actuales, sino una trama donde la relación entre el presente y el pasado es muy activa, una historia puesta al servicio de las preguntas que el presente le plantea al pasado a través de la labor de los historiadores.

Afortunadamente, la evidente dimensión política de la historia hace de esta disciplina un tema de constante actualidad, ya que el conocimiento histórico es un ámbito donde también están presentes las luchas por la hegemonía y el poder. Resulta casi obvio afirmar que quienes impongan su visión del pasado tendrán mayores posibilidades de modelar los comportamientos del presente y diseñar las vías de desarrollo futuro. Por lo mismo, esta “capacidad operativa” del conocimiento histórico jugará su rol de distintas maneras según las circunstancias: a veces de manera directamente inducida, premeditadamente instrumental, como opera el saber en las “historias oficiales”, pero en otras ocasiones, de manera más sutil porque el conocimiento “vulgar”, esto es, el saber común sobre el pasado de una nación, un pueblo, una clase social o de cualquier grupo humano, inevitablemente, suele inspirar el sentido común de las personas, su vida colectiva, su ser social.

Este conocimiento –atesorado a través del tiempo- se traduce en constitución de identidades, tradiciones y comportamientos

colectivos e individuales, lo que no hace aventurado sostener que aquellos grupos carentes de una sólida *memoria colectiva* corren peligro de des-construirse, perder su fisonomía, diluir sus identidades en modelos propuestos por actores más fuertes y pujantes. El combate por la historia (o por el saber histórico) es un combate político, ya que si bien la *memoria colectiva* de un pueblo no está constituida en lo fundamental por el saber “histórico científico” producido por los historiadores, no cabe duda que éste influye en la formación de identidades y tradiciones. A modo de ejemplo, basta señalar el peso que tienen en la formación de la conciencia ciudadana las visiones hegemónicas de la historia nacional expresadas a través de los textos escolares, para entender la trascendencia cultural y política de esta lucha, más allá del plano estrictamente académico e historiográfico.

Es cierto que si analizamos más finamente la realidad de cualquier sociedad relativamente compleja, descubriremos una pluralidad de memorias “emblemáticas” o colectivas¹, siendo algunas de ellas antagónicas entre sí. Sin embargo, no es menos cierto que en la *memoria colectiva* de los pueblos queda un sedimento común que, en definitiva, constituye su memoria histórica. Existe, pues, un vasto campo de disputa entre distintas miradas y maneras de concebir la sociedad respecto de la o de las memorias colectivas hegemónicas que se constituirán como conciencia histórica o sentido común historiográfico, desde los niveles más simples hasta los más elaborados.

¹ Sobre este concepto me parecen particularmente esclarecedoras las reflexiones de Steve J. Stern (2000) en su escrito “De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvido como proceso histórico (Chile, 1973-1998)”.

Estas motivaciones “ciudadanas” (o si se quiere, políticas) explican las iniciativas de historiadores e historiadoras que mencionábamos anteriormente. Son respuestas desde la disciplina de la Historia, pero también desde nuestra posición de ciudadanos comprometidos con la defensa de los DD.HH. y la soberanía popular. No se trata de reemplazar el rol y las funciones de la política por el rol y las funciones de la historiografía y los historiadores, ya que éstos no pueden hacerlo. Los historiadores críticos no pueden (ni deben) sustituir o asumir las mismas funciones de los movimientos y de las organizaciones sociales y políticos. Si se lo proponen, sólo pueden acompañarlos, aportando su saber disciplinario y guardando cierta distancia crítica, pero jamás sustituirlas. No obstante, pueden y deben hacer un aporte muy significativo en la *batalla por la memoria* histórica, y en la conformación de una ciudadanía crítica y reflexiva.

Deben, por ejemplo, contribuir a hacer fracasar las maniobras políticas para lograr una “verdad mínima” sobre la historia reciente de Chile, en la que puedan reconocerse todos los sectores del país. Recordemos que con ese fin se intentó hace algunos años juntar en una “Mesa de diálogo” a víctimas y victimarios del período dictatorial para que, de común acuerdo, hicieran emerger una verdad puramente arqueológica y forense, que calmara las ansias de verdad y justicia de la población. La operación —aparte sus objetivos políticos inmediatos— pretendía cooptar la memoria pública a través de una memoria unificada, una suerte de “historia oficial” que limara los desgarramientos de la nación y que entregara una visión aceptable para lograr la ansiada unidad nacional, saldando cuentas “de una vez por todas”, con los aspectos más ariscos del enfrentamiento social y político de las últimas décadas.

No es extraño que para legitimar esta operación los poderes políticos, económicos, militares y religiosos involucrados en ella recurrieran a algunos intelectuales “de partido”, que calificaron a los intelectuales críticos de “científicos de izquierda [que] vagan en el liviano aire de las generalidades”,² y a la visión de aquellos colegas que persisten en su labor crítica de “mirada enojada, rabiosa, ácida, dolorida y llena de frustración”³. A pesar de esto, la maniobra no logró los frutos esperados por sus mentores.

De la llamada “mesa de diálogo” no emanó —porque era imposible que eso ocurriera— una historia oficial o suerte de mínimo común denominador historiográfico, ni tampoco logró, con sus magros resultados sobre el paradero de los detenidos desaparecidos, frenar o desviar por un callejón sin salida el reclamo de verdad y de justicia presente en la sociedad chilena. Los complejos juegos políticos entre bambalinas se encaminaron más bien a ceder una cuota mínima de justicia y a cumplir el rito del enjuiciamiento a Pinochet exigido por la comunidad internacional, pero sobreseyéndolo finalmente por “razones de salud”. Posteriormente, cada cierto tiempo, desde los sectores que apoyaron a la dictadura, han surgido varias propuestas de “solución” al “problema” de los Derechos Humanos que, en definitiva, sería un “punto final” que garantizaría la impunidad de numerosos autores de crímenes contra la humanidad. Aunque estas iniciativas no han prosperado, es posible que en el futuro haya nuevos intentos en la misma dirección.

Los historiadores críticos tenemos, pues, mucha tarea por delante junto a todos los que desean

² En “Reflexiones sobre un manifiesto”, escrito por Gonzalo Vial en *La Segunda* el 12 de febrero de 1999, Santiago.

³ En “Valores y cultura democrática: un largo laberinto”, escrito por Sol Serrano en *El Mercurio* el 5 de septiembre de 1999, Santiago.

una verdad ‘verdadera’, plena y también justa, sin las condicionantes y acomodados de la “razón de Estado” de la clase política (civil y militar) y de sus intelectuales. Debemos hacerlo para que no ocurra lo que el historiador catalán Josep Fontana advierte retomando las palabras de un gran historiador francés, fusilado por los nazis debido a su activa participación en la resistencia contra la ocupación hitleriana:

Sería triste que tuviésemos que repetir la queja que Marc Bloch formulara en nombre de los historiadores de su tiempo. ‘No nos hemos atrevido a ser en la plaza pública la voz que clama en el desierto [...]. Hemos preferido encerrarnos en la quietud de nuestros talleres [...]. No nos queda, a la mayor parte, más que el derecho a decir que fuimos buenos obreros. ¿Pero hemos sido también buenos ciudadanos? (2002: 187).

No cabe duda que la historia de “los de abajo” ha ganado plenamente su *droit de cité* en la historiografía mundial y nacional. No obstante, esta “nueva Historia” también puede ser desviada hacia callejones sin salida, vaciada de su potencial subversivo y reducida a una colección de monografías sobre usos y costumbres, curiosidades folclóricas, mentalidades, rebeldías primarias y trasgresiones criminales. Sin duda, todo ello es necesario, pero insuficiente. Es imperioso rescatar también la dimensión más directamente política de la historia, en particular, la acción política organizada de los sujetos populares. Es preciso superar aquella idea instalada de manera sibilina de que centrar la atención en los partidos políticos, así fueran éstos de cepa netamente popular, sería un esfuerzo inútil, no acorde con las necesidades de los tiempos actuales. Y es indispensable hacerlo no sólo porque en nuestra historia,

hasta una época muy reciente, los partidos populares fueron un componente fundamental en la lucha de los oprimidos por su emancipación, sino también porque es necesario rescatar críticamente sus experiencias en función de las necesidades del presente.

Consideraciones finales: Alcances de la historiografía crítica

Actualmente en Chile se está empezando a producir un cambio de tendencia histórica. Por una parte, el neoliberalismo imperante desde hace casi cuatro décadas sufre una crisis de legitimidad social, al igual que el sistema de democracia restringida, tutelada y de baja intensidad instalado desde 1990. El pacto de gobernabilidad contraído, en la segunda mitad de los años 80, por la Derecha pinochetista y la Concertación está colapsando a medida que aumenta el desprestigio de este duopolio de coadministradores del poder. Por otra parte, los movimientos sociales profundamente aletargados durante más de dos décadas, debido a la acción mancomunada del modelo económico neoliberal, del recuerdo del terror de la dictadura, de las trabas y cortapisas legales e institucionales para la expresión de las demandas sociales, de la virtual dictadura mediática impuesta por los grandes grupos económicos y de poder, y del control y cooptación de parte de los partidos de la Concertación y sus gobiernos, comienzan, por fin, a despertar.

Sin embargo, su acción aún no es lo suficientemente poderosa, persistente y proyectiva para imponer un cambio político fundamental. Hace falta no sólo que los trabajadores en tanto tales (y no como meros consumidores, pobladores, padres o apoderados) entren más decididamente en

la batalla, sino también que los movimientos sociales desarrollen una proyección política nacional. Es necesario que estos movimientos –no sólo el estudiantil que ha sido hasta ahora, después del movimiento del pueblo mapuche, el que más ha incursionado en la vía de su auto-representación política-, se doten de programas y de instrumentos de representación política. La historia de otras tentativas es rica en experiencias y, por qué no decirlo, también en enseñanzas que pueden ser leídas con juicio crítico, para ser puestas al servicio de las necesidades actuales. No se trata de reeditar experiencias ni concepciones de otros tiempos; tampoco se trata de substituir la acción política por la lectura o la comprensión de la historia, ni menos de atribuir a la historiografía funciones que son propias de la política. Cada cosa tiene su tiempo, y cada tiempo, cada problema y cada acción, tienen campos que le son propios.

Ya no vivimos el tiempo de la formación de la clase obrera y de la construcción de sus primeras vanguardias políticas. Los cambios vividos en Chile y el mundo en las últimas décadas han generado un escenario histórico con muchas características nuevas: la terciarización y globalización de las economías, la desindustrialización, el crecimiento de los servicios, la proliferación del trabajo precario, el desarrollo de nuevas tecnologías, la revolución de las comunicaciones, la “caída de los muros”, el desmantelamiento de los “Estados de bienestar”, la crisis de las viejas vanguardias políticas y del sindicalismo, entre otros fenómenos. Éstos han provocado gigantescas transformaciones en las clases sociales, en la cultura, la política y la ideología. A pesar de que la clase obrera sigue existiendo y, en algunos lugares, su presencia está lejos de ser despreciable, no cabe duda que en países como Chile su peso numérico y

político ha disminuido considerablemente.

Aunque, como es evidente, las luchas y disyuntivas que atraviesan las sociedades actuales no se reducen a la contradicción entre el capital y el trabajo, puesto que otros problemas –como los medioambientales, de género, nacionales, étnicos y culturales- ocupan un lugar muy relevante. No cabe duda que, en términos generales, la oposición entre los dueños del capital y quienes sólo disponen de la venta de su fuerza de trabajo para subsistir, sigue siendo la contradicción principal, aquella que más incide en la evolución de las sociedades humanas.

Desde que empezó a constituirse el movimiento popular en Chile ha pasado mucha agua bajo los puentes. El mundo de los trabajadores y de los oprimidos se ha diversificado enormemente y, por ende, más que continuar en la búsqueda de un sujeto prometeico –la vieja clase obrera-, lo que corresponde es descubrir los sujetos sociales que en cada tiempo histórico representan lo más avanzado de un proyecto de transformación social, cuyo norte sea la emancipación de los oprimidos y la humanización de toda la sociedad.

Para hacer frente a los problemas teóricos y políticos que plantean estas nuevas realidades, se requiere de una historiografía crítica que acompañe a los movimientos sociales que comienzan a levantar cabeza en nuestro país, no para dar “soluciones” que son propias de la reflexión y de la acción política sino, simplemente, para entregar insumos que ayuden a la reflexión. La historiografía crítica debe conservar la rigurosidad e independencia disciplinares que le son propias, pero también debe estar consciente de los condicionamientos sociales que pesan sobre su producción. Los historiadores debemos reconocer de una

vez por todas que no hay historia aséptica, neutra o puramente “científica”, y que todo relato o reconstrucción histórica, por muy objetivo que se pretenda es, inevitablemente, un terreno de interpretaciones y, en tanto tal, un campo de batalla donde se enfrentas distintas visiones, intereses e ideologías. Los historiadores estamos obligados a reconocer que nuestro posicionamiento es una tarea azarosa y complicada por la tensión objetiva que existe entre la *historia* y la *política*, debido a las tentativas de esta última para hacer de Clío su esclava obediente. De esa manera, el especialista no anulará al ciudadano, ni la política reducirá la historiografía a un mero relato instrumental.

Asumiendo estas tensiones, quienes estamos profundamente convencidos acerca de la responsabilidad social de los historiadores y de la necesidad de escribir *historias con sentido*, que

sirvan a los hombres y mujeres para entender la realidad presente y construir sus proyectos de futuro, debemos desechar las visiones posmodernistas que conciben a la historiografía como una mera técnica literaria o *performance* intelectual para el deleite de sus cultores y de un reducido número de especialistas o estetas. Debemos escribir una historia socialmente útil, una historia ligada a las preocupaciones ciudadanas del presente, una historia que, sin perjuicio de su calidad académica, pueda ser interpretada, a partir de un lenguaje comprensible, por cualquiera quien se disponga a explorarla. Una historia para entender el pasado pero, por sobre todo, para entender el presente y proyectar el futuro. Una historia crítica y reflexiva, destructora de mitos y conformismos. Sólo esa historia puede ser una historia para la ciudadanía, especialmente en sociedades tan escindidas y desgarradas como la del Chile actual.

Bibliografía

Chesneaux, J. 1976. *Du passé faisons table rase? A propos de l'histoire et des historiens*. Paris: Maspéro.

Ferro, M. 1987. *L'histoire sous surveillance*. Paris: Calmann-Lévy.

Hobsbawm, E. 2002. *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica.

Le Goff, J. 1997. *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona: Paidós.

Stern, S. 2000. “De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvido como proceso histórico (Chile, 1973-1998)”. *Memoria para un nuevo siglo. Chile: miradas a la segunda mitad del siglo XX*. Garcés, M. et al. (Comps.). Santiago: Lom Ediciones. 11-33.